

RL > LL EN LA LENGUA LITERARIA

La palatalización *rl > ll* es un fenómeno muy antiguo (rimas como *ellos / vencerlos / ellos / cabellos* en *Alexandre*¹, *vozealla / falla / agalla / vatalla* en *Berceo*², *vasallos / caballos / quebrantallos* en el *Libro de Apolonio*³, o *gallo / dexallo / furtallo / tragallo* en *Juan Ruiz*⁴, llevan a la conclusión de que todos los vocablos se pronunciaban con la palatal), múltiplemente aludido por numerosos gramáticos, pero no bien explicado (tal vez porque no se pueda explicar). Lo han tratado Nebrija⁵, Villalón⁶, Juan de Valdés⁷, Torquemada⁸, Gonzalo Correas⁹; y más modernamente,

¹ *El libro de Alexandre*, by Raymond S. Willis, Jr., 1934; Kraus Reprint Corporation, New York 1965.

² *Obras completas, II. Los milagros de Nuestra Señora*. Estudio y edición crítica de Brian Dutton. London, Tamesis Books Limited, 1971, pp. 54-55.

³ Edición de Manuel Alvar. Madrid, Castalia, 1977. Tomo II, p. 201.

⁴ *Libro de Buen Amor*. Publié par Jean Ducamin, Bibliothèque Méridionale, publié sous les auspices de la Faculté des Lettres de Toulouse, Toulouse, 1901, p. 58.

⁵ *Gramática de la lengua castellana* (Salamanca, 1492). Edición I. González-Llobera. Londres, 1926.

⁶ *Gramática castellana* (1558). Edición facsimilar y estudio de Constantino García, Clásicos Hispánicos. Madrid 1971.

⁷ *Diálogo de la lengua* (1535-1536), Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

⁸ Antonio de Torquemada, *Manual de escribientes*, edición de M. Josefa C. de Zamora y A. Zamora Vicente. Anejo XXI del *BRAE*. Madrid 1970.

⁹ *Arte de la lengua española castellana* (1627). Edición y prólogo Emilio Alarcos García. Madrid, CSIC, 1954.

Cuervo ¹⁰, Menéndez Pidal ¹¹, Federico Hanssen ¹², entre otros. Sin embargo, repito, ninguno de ellos con pormenores referentes al origen, las causas o extensión. Sirva como testimonio de la oscuridad en que se halla esta cuestión, el diálogo mantenido entre Marco y Valdés acerca de rimas del tipo *ella / conocella*:

Marcio: Antes que passéis adelante, nos dezid qué cosa es essa que tiene tantas contradicciones.

Valdés: Si os la dixesse, la sabríades.

Marcio: Y aun por saberla os lo preguntamos.

Valdés: Pues quedáos agora con esse desseo.

Marcio: Descortésmente lo hazéis. Sufrimoslo porque vos nos sufráis a nosotros nuestras importunas preguntas ¹³.

La pronunciación l del grupo -r + l- parece que era propia del centro y del sur de la Península. Esa es, al menos, la opinión de Amado Alonso y Raimundo Lida ¹⁴, quienes se basan en una afirmación de Menéndez Pidal según la cual, en los viejos documentos leoneses, habría que leer l sencilla, ya que, desde Asturias a Extremadura alta se decía y se dice *matalu, tomalu*, etc.; y en una declaración del leonés Antonio de Torquemada (Gallardo, *Ensayo*, IV, cols. 775 y sig.), citada por Cuervo, en la que se dice que no puede «sufrir con paciencia en los que presumen de secretarios y buenos romancistas y cortesanos» la necesidad de mudar la r del infinitivo en l; «y así dicen: besalle las manos; desee serville; encomendalle; temelle...». Pero esta opinión de Alonso-Lida se presta a algunas objeciones, ya que:

El riojano Berceo hizo uso de la asimilación. Y también el autor anónimo del *Libro de Apolonio*; es cierto que se desconoce su procedencia, pero como ha demostrado de forma irrefutable Manuel Alvar ¹⁵, los rasgos lingüísticos y el tratamiento fonético del texto son absolutamente castellanos.

¹⁰ «Castellano popular y castellano literario» en *Obras*, Tomo I. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1954, pp. 1321-1660.

¹¹ *Manual de gramática histórica*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941 (6.ª edición).

¹² *Gramática histórica de la lengua castellana*, Buenos Aires, ed. Ateneo, 1945.

¹³ Juan de Valdés, *op. cit.*, p. 83.

¹⁴ «Geografía fonética: -L y -R implosivas en español», *RFH*, VII, 1945, pp. 313-345, p. 334. La hoja número 62 del ALPI (I, Fonética, 1; CSIC, Madrid 1962) revela que existe un gran manchón en Andalucía, que se hace menos denso en la zona central peninsular; existen también algunos casos aislados en el norte (Burgos). De la misma opinión que Alonso-Lida es Hayward Keniston (*The Syntax of Castilian Prose*, The University of Chicago Press, Chicago-Illinois, 1937), para quien «some authors, of Castilian origin, like Guevara, Santa Teresa, Luis de León, or San Juan de la Cruz, never write -ll- and it is possible that they did not so pronounce», p. 99. Veremos que este párrafo necesita de alguna precisión.

¹⁵ En su edición ya citada del *Libro de Apolonio*, t. I.

Y que cuando, frente al toledanismo, se pronuncia Francisco López de Villalobos al comienzo de su *Diálogo sobre las fiebres interpoladas*¹⁶ (1515), diciendo que él escribe castellano, afirma: «...y no será el de Toledo, aunque allí presumen que su habla es el dechado de Castilla, y tienen mucha ocasión de pensallo así, por la gran nobleza de caballeros y damas que allí viven; mas deben considerar que en todas las naciones del mundo la habla del arte es la mejor de todas, y en Castilla los curiales no dicen *hacién* por *hacían*, ni *comién* por *comían*, y así en todos los verbos que son desta conjugación; ni dicen *albaceha*, ni *almutacén*, ni *ataiforico*, ni otras palabras moriscas con que los toledanos ensucian y ofuscan la pulideza y claridad de la lengua castellana». Villalobos en ningún momento se refiere al fenómeno de la palatalización; e incluso él, hostil al habla toledana en nombre del castellano del norte, escribe *pensallo*.

No tenemos, pues, datos seguros de que esa asimilación lograra imponerse en una determinada área geográfica; todo lo más, podemos afirmar que logró convivir. Esta situación, en la lengua literaria, la reflejan muy bien los escritores del siglo XV¹⁷.

Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana (Carrión de los Condes, 1398, Guadalajara, 1458), palentino, mantiene la *r* del infinitivo en toda su obra; tanto en interior de verso (*tornarlo*, en *Proverbios*, I, 459, a; *pensarlo*, *sobrarlos*, en *La Comedieta de Ponça*, I, 461, b; *verlo*, en *Bías contra Fortuna*, I, 478, b; *pegarlo*, en *Coplas a don Alfonso, rey de Portugal*, I, 511, a; etc.), como en rima (*resçibirla/pediria*, en *BcF*, I, 490, b; *pensarlos/penarlos*, en *Doctrinal de privados*, I, 507, b; etc.). Sólo hemos podido encontrar un caso de asimilación¹⁸ (*conoscellas/ellas*, I, 569, a), precisamente en un villancico de carácter popular.

Juan de Mena (1411-1456), cordobés, quien pasó la mayor parte de su vida en la corte, alternando con estancias en su ciudad natal, es decir, nacido y residente gran parte de su vida en la zona meridional española, prescinde, sin embargo, casi totalmente, de la palatalización. En el conjunto de sus poemas sólo hemos podido hallar tres ejemplos en los que *rl > ll*: uno en interior de verso («de tenello por ofiçio», I, 204, a), y los otros dos en rima (*dalle/curalle*, I, 127, a; y *tomallo/enbiallo*, I, 219, b, en un

¹⁶ Apud Menéndez Pidal, *La lengua de Cristóbal Colón*, Madrid, Austral, 1942, p. 61, que lo cita para otro fin, sin atender a ese fenómeno.

¹⁷ Para los poetas del siglo XV cito por el *Cancionero general del siglo XV*, I y II, ed. Foulché-Delbosc. Madrid 1912.

¹⁸ Me doy cuenta de que esta afirmación puede no ser exacta; la fidelidad de los textos resulta, la mayoría de las veces, dudosa debido a circunstancias por todos conocidas. La seguridad es absoluta, en cambio, en la rima heterocategorial.

poema en el que Mena nos cuenta sobre un macho que compró a un arcipreste).

En Jorge Manrique (1440, en Paredes de Navas, -1479, Garcí-Muñoz), palentino como Santillana, es abrumador, sin embargo, el predominio de formas en las que se ha producido la asimilación. Sirva como muestra esta copla:

Para agena es congoxosa
de *vella*, y también de *oylla*
al que la tiene,
pues ved si será enojosa
al que forçado *sufrilla*
le conviene. (II, 249, b)

Su tío Gómez Manrique (1412?-1490?), natural de Amusco (Palencia), por el contrario; prefiere escribir *dezirles* (II, 46, a), *resistirlos* (II, 48, a), *pensarlo* (II, 22, b), *decirlo* (II, 102, a), etc. Claro, que en interior de verso. En la rima la situación no es tan uniforme: cuando se emparejan verbos, el poeta prefiere continuar manteniendo la *r* (*desearlo* / *trabajarlo*, II, 103, b; *defensarla* / *disputarla*, II, 115, b); pero cuando lo hace con otras clases de palabras terminadas en *ll* + *v* + (*s*), Gómez Manrique no duda en asimilar la consonante final del infinitivo a la *l* del pronombre enclítico (*gouernalle* / *valle*, II, 115, b; *calles* / *dalles*, II, 88, a; *senzillo* / *descobrilla*, II, 152, b; etc.). Parece, pues, que se trata de un mero artificio literario.

La actitud de Fr. Íñigo de Mendoza, nacido probablemente en Burgos hacia 1425, sobrino en tercer grado del Marqués de Santillana (que escribe *rl*), y primo segundo de Jorge Manrique (partidario de *ll*) ante la palatalización es difícil de sintetizar. En su *Vita Christi*, el uso de formas con *rl* o con *ll* es alternante, y la frecuencia de unas u otras no parece estar regulada por intención alguna. Así, junto a rimas en las que se emparejan dos o más verbos en *ll* (*buscalle* / *adoralle*, I, 24, b; *condenallas* / *tomallas* / *desechallas*, I, 42, a), encontramos acuerdos en *rl* (*adorarlo* / *matarlo*, I, 37, b; *sufrirla* / *dezirla*, I, 9, a); junto a formas asimiladas en interior de verso (*huylla*, I, 3, b; *dezillo*, I, 9, b), otras que conservan la *r* intacta (*recontarlo*, I, 9, b; *dezirlo*, I, 15, b; *demostrarles*, I, 24, b; etc.). El desorden parece evidente. Salvo en el pasaje eglógico de la *Vita*, en el que Íñigo de Mendoza emplea un tipo de lenguaje eminentemente villanesco, parecido al de las *Coplas de Mingo Revulgo* [en esta obra sólo aparece un caso de infinitivo + pronombre enclítico: hay palatalización: «él, risadas en oíollo / ni por esto el caramillo / nunca dexa de tocar»¹⁹];

¹⁹ En *Poesía española medieval*; edición, introducción y notas de Manuel Alvar. Madrid, Cupsa Editorial, 2.ª edición, 1978.

en ese fragmento aparecen también formas en *ll* (*dezillo*, I, 18, b; *parallo*, I, 2i, a; *dezille*, I, 19, a).

OTROS POETAS DEL XV

Juan Alvarez Gato (nacido entre 1440 y 1445), madrileño y Hernán Mexía, cordobés, pertenecientes ambos, por tanto, a la zona lingüística centro-meridional de la Península, palatizan en todas las ocasiones. Confirman, pues, la opinión de Amado Alonso y Raimundo Lida. Pero los dos poetas, y amigos, poseen además otro rasgo en común, determinante tal vez, en igual medida, para la aparición de ese fenómeno: sus poemas son, la mayoría de las veces, de carácter satírico-burlesco, escritos en un tono generalmente desenfadado. Esa circunstancia se manifiesta formalmente en el uso de estrofas populares, ya sean canciones, decires, villancicos o coplas. He podido comprobar que es, precisamente, en ese tipo de composiciones, en las que con mayor asiduidad se encuentran casos de palatalización.

Otros dos poetas, Pablo de Santa María (Burgos, 1350-1432) y Diego Enríquez del Castillo (Segovia, 1433-1504?), castellanos, conservan, en cambio, el grupo en la totalidad de su obra. No hay nada, pues, que disienta de lo formulado en el trabajo de Alonso-Lida. Pero, de nuevo, se puede extraer una característica compartida por ambos escritores: uno y otro tratan de asuntos graves y difíciles (el primero escribe *Las siete edades del mundo*; el segundo, *Visión sobre la muerte del rey don Alfonso*); asuntos que tratan en estrofas de arte mayor.

Finalmente, como Fr. Íñigo de Mendoza, hay un grupo de poetas que usan indistintamente *rl* o *ll*. Son: Rodrigo de Cota (toledano), Juan de Padilla (sevillano, 1468-1522?), Alonso de Cartagena (de Burgos, 1384-1456), López de Haro o Guevara.

EL TEATRO

He examinado las obras de los salmantinos Juan del Encina y Lucas Fernández. En un sentido amplio puede afirmarse que, como actitud predominante, ambos escriben manteniendo la *r*.

En su *Cancionero*²⁰, Juan del Encina conserva el grupo en interior de

²⁰ Sigo la primera edición de 1496, publicada en facsímil por la Real Academia Española. Madrid 1928.

verso («Natividad de Nuestro Señor»: *dezirle, gustarlo*; «Fiesta de los tres Reyes Magos»: *llevarle*; «Fiesta de la Resurrección»: *hurtarle, quedarle y mirarle*; «Fiesta de la Asunción de Nuestra Señora»: *servirlo y acallar*). En todas estas composiciones, sólo hay siete, tres conservan la *r*; veamos uno de ellos:

Ya lo busca por *hallarlo*
ya lo va hallar al templo
o maravilloso enxemplo
como deuemos *buscarlo*
como *servirlo* y *amarlo*
sin ningun doblez ni maña
como avemos de *callarlo*
*acallar*lo y *amasarlo*
si tuviese alguna saña

(En «Fiesta de la Asunción»)

En los otros cuatro, se produce la palatalización; pero en todos ellos, la rima es heterocategorial: *estrella / vella / traella / donzella* («Fiesta de la Resurrección»); *ellos / querellos* (Ibid); *hazello / cabello* («Fiesta de la Asunción...»); y *levalla / calla* (ibid), en donde se emparejan dos verbos, pero el segundo de ellos con *ll* en el radical.

La postura de Juan del Encina ante la palatalización es idéntica cuando escribe las *Églogas*. A pesar de que en ellas hablan pastores y cabría esperar, por tanto, un lenguaje vulgar, desdeña el uso de *ll*. Nos hallamos, al igual que en su *Cancionero*, ante una norma que parece más propia de la lengua refinada y culta. En interior de verso, tal vez por eso, encontramos siempre *rl*; y las rimas en que figuran infinitivos + pronombre enclítico son igualmente escasas. Sólo he podido encontrar dos: en ambos casos se emparejan con sustantivos (*carrillos / sentillos*, Egl. 6; y *juntallos / cauallos*, Egl. 8). Se trata, pues, de una palatalización inducida.

Pero esa situación tan uniforme cambia en las canciones y romances, es decir, en composiciones de carácter popular, del dramaturgo salmantino. En este tipo de poemas, la frecuencia de rimas en las que figura un infinitivo con *r* se eleva considerablemente. Y no sólo se interrelacionan con otras clases de palabras, sino que también lo hacen entre sí. Incluso existen palatalizaciones en interior de verso:

Aunque pese a quien pesare
juro a mí de siempre *amalla*
de *seguilla* y *remiralla*
do quiera que la hallare.

En Lucas Fernández ²¹ la situación es muy semejante a la de su maestro: en interior de verso siempre aparece *rl*; por otro lado, las rimas con *ll* son escasas, pero su frecuencia aumenta al acentuarse el tono popular y villanesco de sus composiciones.

La Celestina ²² aporta una prueba más de que el uso de *rl* y *ll* no depende exclusivamente de factores geográficos. Fernando de Rojas, de cuya autoría no cabe dudar hoy, nació en Puebla de Montalbán, y desde 1517 residió en Talavera de la Reina, donde ejerció como alcalde mayor; allí mismo murió. Vivió, pues, en un ámbito lingüístico toledano. Sin embargo, en su tragicomedia hay una abrumadora mayoría de formas verbales no palatalizadas. Concretamente, frente a cincuenta casos con *rl*, sólo encuentro quince con *ll*. Y éstos se reparten sin regularidad ni causa perceptibles. Cabría pensar que el autor las podría haber utilizado con fines de caracterización individual o social; pero no es así. Calisto usa cinco infinitivos con *rl* y tres con *ll*; Melibea, cinco con *ll*; Celestina, por su parte, emplea quince veces infinitivos con *rl*, y tres con *ll*; en Sempronio la proporción es semejante: once y seis, respectivamente. Pármeno, en fin, usa únicamente el grupo: once veces. No es aventurado suponer, entonces, que el manejo de la forma palatalizada o sin palatalizar obedece a la pura ocurrencia del escritor, tal vez gobernada por motivos eufónicos o de percepción puramente subjetiva.

Existen, además, otros datos, aunque para ello debamos adentrarnos en la primera mitad del siglo XVI, que permiten mantener esta suposición. En la *Segunda comedia de Celestina* ²³, publicada alrededor de 1533, de Feliciano de Silva, natural de Ciudad Rodrigo, es decir, de origen leonés, sólo podemos hallar ejemplos con *r*.

En cambio, en una obra escrita presumiblemente dentro del área en la que Alonso-Lida atribuyen la pronunciación *ʎ*, me refiero a la *Tercera parte de la tragicomedia de Celestina* ²⁴, escrita por Gaspar Gómez de Toledo, únicamente aparecen formas verbales que mantienen la *r*.

Así, pues, el fenómeno de la palatalización, que se produjo origina-

²¹ *Farsas y églogas por Lucas Fernández*, edición de Manuel Cañete, publicada por la Real Academia Española, Madrid 1867.

²² He seguido la edición de M. Criado del Val y G. D. Trotter: *Tragicomedia de Calisto y Melibea. Libro también llamado La Celestina*, 2.^a edición corregida. Madrid, Clásicos Hispánicos, CSIC, 1965.

²³ He consultado la edición de la Colección de Libros españoles raros o curiosos, t. IX. Madrid 1874.

²⁴ En el libro *Gaspar Gómez de Toledo: Tercera parte de la tragicomedia de Celestina*, Introduction and Notes by Mac E. Barrick, University of Pennsylvania Press, 1973.

riamente en torno a Toledo (hipótesis que está por demostrar ²⁵), pronto se extendió a los usos literarios como una variante opcional de *rl*, sin que pueda atribuirse a quienes practicaban el doble uso una procedencia geográfica precisa. En efecto, la palatalización debió de darse con mayor intensidad en el área centro-meridional española, como lo revela el mantenimiento de *ll*, todavía a finales del siglo XVIII, en el habla de las clases populares de Madrid (*decille, estimallo, querello, olvidalla, hablallas*, etc.), empleadas por Ramón de la Cruz en sus sainetes; o por Moratín en el habla de los payos («Así el señor Damasio, que es tan güeno y tiene tanta caridá con el probe, quisiera su mercé *dalle* al pobre al menos lo que gastó en la casilla y en la güerta»); incluso, según testimonio de Cuervo ²⁶, esa práctica se mantenía aún viva en el XIX en muchas partes, especialmente en Andalucía. Ello comprueba, sin duda, un desarrollo más amplio de la palatalización en esas áreas. Pero independientemente de las zonas donde el fenómeno se produjo de forma espontánea, la lengua literaria se había adueñado de él como recurso que fundamentalmente ampliaba las posibilidades de la rima, o confería superiores cualidades al verso o a la prosa. Gonzalo Correas ²⁷, al tratar del infinitivo, afirmaba entre otras cosas: «Mas áse de notar, como poco antes en el imperativo [se refiere a la metátesis de la *-d* del imperativo y la *l*- del pronombre enclítico, tan frecuente en algunos autores: *amadle* > *amalde*, *temedle* > *temelde*, *servidles* > *servildes*, etc.], que posponiendosele estos relativos *le, les, los, la, las, lo* convierte su ultima *r* en *l* i tiene ansi mucho uso i mui propio por eufonia, en fin es tan usado de una manera como de otra: *amarle, amalle; temerle, temelle; sufrirle, sufrille; leerle, leelle; oirle, oille; quitarles, quitalles; pelarlos, pelallos; tomarla, tomalla; ponerlas, ponellas; concluirlo, concluillo*». Da la impresión, pues, de que se trata de preferencias personales o estilísticas.

La palatalización o no del grupo brindaba a los escritores una doble opción, con posibles finalidades caracterizadoras. En algunos se observa una preferencia por *ll*, sobre todo cuando componen poemas villanescos o desenfadados; pero estamos hablando sólo de una preferencia. Ese

²⁵ Para Villalón, por ejemplo, se trata simplemente de un fenómeno vulgar, sin ningún tipo de localización geográfica exacta: «Y también vemos —dice—, que los mismos vulgares si han de pronunçiar dos partes que la una acaba en *r*, y la que sigue comienza en *l*, convierten la *r* última en *l*, y pronunçian la toda una parte con *l*, doblada como dezimos, *mirarlos, comerlas, beberlas*, dize el vulgo, *mirallas, comellos, bebellos*.» *Gramática castellana* (1558), edición facsímil y estudio de Constantino García, Clásicos Hispánicos, CSIC, Madrid 1971, p. 75.

²⁶ Cfr. «Castellano popular y castellano literario», ya citado, p. 1454, nota 2.

²⁷ *Arte de la lengua española...*, p. 272.

hecho no parece más que una tendencia que no puede constituirse en ley, entre otras razones, porque los poetas cultos del arte mayor también emplearon *ll*; aunque bien es verdad, en proporciones menores. La palatalización aumentaba la facilidad de buscar rimas, circunstancia que no desdeñó prácticamente ningún poeta (son excepciones ilustres Santillana y Mena, tal vez por ser más coherentes con el carácter culto de su poética). Por último, entre las causas de la presencia de *ll* en interior de verso no puede desecharse una nada espontánea: el escritor que ha utilizado *ll* en rima, casi como una licencia poética, se siente obligado a continuar empleándola para que aquél carácter de licencia se perciba menos: así se explicarían, por ejemplo, en los fragmentos que a continuación inserto, pertenecientes a Juan Ruiz, Juan del Encina y Fr. Íñigo de Mendoza, autores que manifiestan bien una especial predisposición para el mantenimiento del grupo en interior de verso (es el caso de los dos primeros), bien alternancias, pero que no dudan en palatalizar ante la proximidad de dicha licencia métrica:

- 521 Coyda fu madre cara que por la fojañar,
por *corrella* e *ferilla* e por la denostar,
que por ende fera casta e la fara estar:
estos son aguijones que la façen faltar.
- 522 Deuia penfar su madre de quando era *donzella*,
que su madre non quedaua de ferirla e *corrella*,
que mañ la ençendia E pues deuia por *ella*
judgar todas las otras e asu fija *bella*.

(*Libro de Buen Amor...*)

Aunque pese a quien pesare
juro a mi de siempre *amalla*
de *seguilla* y *remiralla*
do quiera que la hallare.

(Juan del Encina, *Cancionero...*)

La virginidad no tura
en la muger que procura
pendençias con los varones;
huylla, que no *esperalla*:
tal guerra de mi consejo,
do valen menos syn *falla*
los arnesses de *missalla*
que las armas del conejo.

(*Vita*, I, 3, b)

En cuanto al cambio espontáneo en ciertas áreas castellanas o andaluzas, no existen datos documentales ni dialectales que permitan estimar su alcance. En otras zonas románicas, así en Italia, se produjo una tendencia a la inestabilidad del grupo con soluciones diversas, entre las que destaca la lateralización de *r* en toscano²⁸. ¿Cabe pensar, entonces,

²⁸ Édouard Bourciez, *Éléments de linguistique romane*, 4^{ème} édition. Paris, Librairie C. Klincksieck, 1946, p. 493.

en un influjo italiano en nuestra asimilación ²⁹? En cualquier caso tuvo que ser, claro es, solamente gráfico. Migliorini ³⁰ señala la asimilación de la segunda *l* del grupo a la primera a lo largo de los siglos XIV (*vedella*, Petrarca; *emendallo*, Bocc.), XV (*coprilla*, Bisticci; *perdonalli*, Piov. Arlotto; *trovalle* y *finirella*, Poliziano), y XVI (*vedella*, *cascallo*, *fermallo*, Ariosto: *Orl. Fur.*, en rima; *pensallo*, *lasciallo*, *ristorallo*, Machiavello: *Mandragola*; *vedelle*, Tasso: *Ger. lib.*, en rima). Bembo la aprobó en versos como éste de Petrarca:

E chi nol crede venga egli a vedella ³¹

Castelvetro, que tan ásperamente anotó a Bembo, le reprocha el haber olvidado la pérdida de *r* ante *gli* (*ringrinzagli*, *appasagli*, en vez de *ringrinzargli*, *appasargli*) ³². En este caso, la pérdida, o mejor, la asimilación dejaba la palatal como único signo del infinitivo, en coincidencia con la solución castellana. No puede, pues, descartarse que, al menos a partir del siglo XVI español, concretamente en Garcilaso, estos fenómenos italianos fortalecieran su preferencia por *ll*.

Pero no sólo este hecho puede explicar la absoluta predilección ³³ del toledano por la asimilación. Es necesario contar, al menos, con otro factor de primer orden: el deseo de neutralidad en el buen hablar y escribir se había convertido en norma de conducta y fin último para la mayoría de los literatos renacentistas. *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione ³⁴, traducido al castellano en 1534 por Juan Boscán a instancias del propio Garcilaso, expresaba repetidamente ese ideal: sólo el uso debe constituirse en guía del escritor; éste debe desechar toda clase de palabras extrañas y anticuadas; lo escrito no es otra cosa que una forma de hablar, con la única peculiaridad de que conserva las palabras y las somete al juicio del que lee, dándole así tiempo de considerarlas detenidamente. Castiglione concede que en el escribir se debe poner mayor cuidado; «pero no tampoco de manera que las palabras escritas sean diferentes de las habladas, sino que tome el que escribiere las más escogidas de las que hablare... Así que, prosupuestos estos fundamentos,

²⁹ Lo sostiene Sánchez Moguel, *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús*. Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915.

³⁰ *Historia de la lengua italiana*. Versión española: Fr. Pedro de Alcántara Martínez. Madrid, Gredos, 1969, t. I, pp. 313-536.

³¹ *Della volgar lingua*, L. III, P. I., en la edición de Milán de 1810, vol. II, p. 94.

³² *Ibid.*, p. 425.

³³ Menéndez Pidal, *Manual de gramática...*, § 108.

³⁴ B. Castiglione: *El Cortesano*. Traducción de Juan Boscán. Estudio de M. Menéndez y Pelayo, Anejo XXV de la *RFE*, Madrid, CSIC, 1942, p. 65.

yo diría que el hombre juntamente con huir muchas palabras de las toscanas antiguas, podría usar sin miedo, escribiendo y hablando, las que hoy en día se usan en la misma Toscana y en las otras partes de Italia, y tienen en la pronunciación alguna gracia. Y es mi opinión que, quien sigue otra ley sino ésta, tiene muy gran peligro de caer en aquel tan odioso vicio de la afectación, del cual hemos hablado poco há»³⁵. No es de extrañar, pues, que Garcilaso, inserto en la norma lingüística toledana, en la que, como ya se ha visto, parece que predominaba la palatalización, se decidiera a incorporar este rasgo lingüístico en su poética. Por un lado, gozaba de un cierto respaldo popular; por otro, y de manera muy particular, según testimonio ya aducido de Gonzalo Correas, confería a prosa y verso una apreciable suavidad y dulzura en el oído. Y, además, se hallaba ya en la literatura del siglo XV, precisamente vinculado a escritores de carácter popular. Es plausible imaginar, por tanto, que todas estas circunstancias determinaran en Garcilaso y, en general, en todos nuestros escritores renacentistas, una especial predisposición para palatalizar el grupo.

Así escribe siempre *ll* el barcelonés Juan Boscán (1487, 92-1542), tanto en la prosa de su traducción del *Cortesano*, como en sus poemas³⁶ (en rima e interior). Las tiradas de versos en los que riman infinitivos palatalizados son muy frecuentes:

Mi dolor quiso *mostralle*
De empacho de *sé decille*
Que según peno en *pasalle*
Si he vergüenza de *sufrille*
Más la habré de *publicalle*³⁷.

He encontrado, sin embargo, un solo caso en que infinitivo + pronombre enclítico riman manteniendo la *r*;

Mi vida para *pasarla*
Téngola de publicar
Es imposible *callarla*
Si la quiero contar
Tampoco puedo *contarla*³⁸

pero la explicación parece sencilla: la rima con formas palatalizadas exigiría la formación *callalla*, moleestamente cacofónica.

³⁵ *Ibid.*, p. 65.

³⁶ He manejado el libro primero de las *Obras de Juan de Boscán*, ed. William I. Knapp, Madrid 1875.

³⁷ *Ibid.*, p. 44.

³⁸ *Ibid.*, p. 54.

El mismo comportamiento se observa en Fr. Luis de León³⁹ (Belmonte —(Cuenca), 1527— Madrigal, 1591); pero sólo en sus poemas. Cuando el maestro salmantino traduce el *Cantar de los Cantares*, o escribe *La perfecta casada* o *Los nombres de Cristo*, emplea siempre *rl*. Más adelante trataremos de presentar una explicación de esta preferencia; adelantamos ahora que el hecho de que eso ocurra en la prosa, no es causa suficiente para justificar ese uso. He ahí si no *Los siete libros de Diana*⁴⁰ de Jorge de Montemayor, o *Cárcel de Amor*⁴¹ de Diego de San Pedro, libros en los que el infinitivo palatalizado es forma exclusiva. Por último, dentro de este grupo de escritores en quienes *ll* es constante, no podíamos dejar de mencionar al que fue gran admirador de la obra de Garcilaso: Fernando de Herrera (1534-1597). Tanto sus comentarios a Garcilaso⁴², como su creación poética⁴³ revelan su absoluta predilección por las formas asimiladas. Incluso en su conocida polémica con el licenciado Prete Jacopín⁴⁴, quien también escribe con *ll*. Lo que demuestra que, en principio, entre las escuelas poéticas andaluza y castellana no existía enfrentamiento alguno en cuanto al empleo o no de este rasgo lingüístico en la literatura.

Y también lo prueba el hecho de que Cristóbal de Castillejo⁴⁵ (Ciudad Rodrigo, 1490, 94-1555), castellano-leonés y defensor de la poética castellana tradicional, recurriera frecuentísimamente a rimas en *ll*, no sólo heterocategoriales (*hospedalle / aposentalle*, p. 36; *gozalle / encaminalle / preguntalle*, p. 76; etc.). En interior de verso, sin embargo, las formas no asimiladas («honrarle han querido», v. 318; «riendo de verlo muerto», v. 970) alternan con las que sí lo están («holgaba de vello así», v. 477; «a contalle sus mancillas», v. 1028; etc.). Esta alternancia sin un criterio perceptible, fue lo normal entre los poetas y prosistas del siglo XVI. Como en Cristóbal de Castillejo, *rl* y *ll* conviven desordenadamente en

³⁹ *Obras completas castellanas*. Prólogo y notas P. Félix García, O. S. A., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1951. Sólo he visto aquellas poesías de cuya autoría no cabe dudar.

⁴⁰ Edición de Enrique Moreno Báez, Madrid, Editora Nacional, 1976. Montemayor escribe siempre *ll*, también al traducir la obra poética de Ausias March, ed. F. Carreres de Calatayud, Madrid, CSIC, 1947.

⁴¹ Edición de Keith Whinnom, Madrid, Castalia, 1971.

⁴² En el libro de Antonio Gallego Morell: *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*. Madrid, Gredos, 1972.

⁴³ *Fernando de Herrera. Obra poética*. Edición crítica de José Manuel Bleca, Anejo XXXII del BRAE. Madrid 1975.

⁴⁴ *Fernando de Herrera: Controversia sobre sus anotaciones a las obras de Garcilaso de la Vega. Poesías inéditas*. Sevilla, Bibliófilos andaluces, 1870. Edición de José María Asensio.

⁴⁵ En la edición de J. Domínguez Bordona. Madrid, Clásicos Castellanos, 1926.

escritores como Gutierre de Cetina (Sevilla, 1520-1557?), en quien, del recuento de sus doscientos cuarenta y cuatro sonetos⁴⁶, aparecen diez casos de *ll* en interior de verso, once de *rl*, y cinco de *ll* en rima. Como en el vallisoletano Hernando de Acuña (1520?-1580?) y su *Fábula de Narciso*⁴⁷, en donde el porcentaje de infinitivos palatalizados se sitúa alrededor del 56 por 100; o como en Francisco de Aldana⁴⁸ (Alcántara, 1537-1578), con unos índices de alternancia muy semejantes a los de Acuña.

Esa fluctuación se produce también a menudo en la prosa literaria. Las formas verbales con *ll* en *La lozana andaluza*⁴⁹ (Venecia, 1528), del cordobés Francisco Delicado, se hallan en un 75 por 100 respecto de las formas con *rl*. Y en el *Lazarillo de Tormes* (1554), en el que Francisco Rico⁵⁰ señala ya un predominio de la asimilación, la cifra se sitúa en torno al 60 por 100.

*El Quijote*⁵¹, en la encrucijada de dos siglos, también manifiesta esas vacilaciones, sin que podamos hallar una razón segura que las justifique. Aunque, al contrario de lo que venía sucediendo, esta vez se aprecia una ostensible preferencia por el mantenimiento de la *r*. Así, cuando Cervantes narra por sí, encontramos un 72 por 100 de infinitivos sin asimilar; cuando habla don Quijote un 60 por 100; y cuando lo hace Sancho un 65 por 100. En el resto de los personajes, nobles y plebeyos, caballeros o pastores, los porcentajes son análogos, oscilando entre un 60 y un 70 por 100 en favor de *rl*. Esta situación tampoco se altera en los entremeses cervantinos. En dos de ellos, *El juez de los divorcios* y *La guarda cuidadosa*, hemos intentado interpretar esa alternancia de formas como consecuencia de un reparto social; pero no hemos obtenido resultados concluyentes. En la segunda de esas obras, un soldado exclama: «Pues también me parece a mí que no entre dentro desa casa; si no ¡por Dios de *molelle* los huesos, sin *dejarle* uno sano!»

Sin embargo, *La Galatea*⁵² ofrece una situación peculiar: en los fragmentos en prosa siempre aparece *rl*; al igual que en el interior de las tiradas de versos (*pareſcerla, quererla, dexarlo*, etc.), e incluso en rima

⁴⁶ *Obras de Gutierre de Cetina*. Introducción y notas Joaquín Hazañas y La Rúa. México, ed. Borrúa, 1977.

⁴⁷ *Varias poesías de Hernando de Acuña*, ed. Elena Catena de Vindel. Madrid, CSIC, 1954.

⁴⁸ *Obras completas de Francisco de Aldana*, edición Manuel Moragón Maestre. Madrid, CSIC, 1953.

⁴⁹ Edición de Bruno Damiani. Madrid, Castalia, 1969.

⁵⁰ *El Lazarillo de Tormes*, edición de Francisco Rico. Barcelona, ed. Planeta, 1976, p. 7.

⁵¹ He consultado la edición de Martín de Riquer. Barcelona, ed. Juventud, 1965.

⁵² Sigo la edición facsímil de 1585, editada por la Real Academia Española en 1917.

no heterocategorial, es decir, en rima en la que se emparejan exclusivamente verbos (*perderla / tenerla, derribarla / sublimarla*; etc.). Se ve, pues, que Cervantes avanza en su decisión de usar la licencia que autorizaba el doble uso, a la cual ofrecía resistencia en esta su primera obra publicada.

Los escritores espirituales del XVI plantean una situación diferente. Parece que en todos ellos existe una actitud deliberada de renunciar a ese artificio literario de la asimilación, potenciado por los poetas renacentistas y, especialmente, por Garcilaso. Francisco de Osuna (1497 - antes de 1542), en su *Tercer abecedario espiritual* ⁵³ recoge ya la tradición mística antigua y moderna que unánimemente proclama la necesidad de escribir con máxima simplicidad, renunciando, como a una tentación, a los adornos de la literatura profana. Esta tiene como finalidades el lucimiento y el recreo; la mística y la ascética, por el contrario, son un acto de humildad y un exhorto práctico a vivir en la ley de Dios. Debe ser, por tanto, directa y sencilla, y valerse sólo de las voces más simples, «porque así como los grandes señores huelgan de oír a los hombres rústicos que hablan sin malicia groseramente delante dellos, así el Señor ha mucho placer cuando con tanta priesa le rogamos que por no detenernos en buscar palabras muy revistas y ordenadas, le decimos en breve nuestra necesidad» ⁵⁴. Este es el ideal del escritor místico: escribir conforme se habla sin conceder ninguna atención a cómo se habla. Constantes son, por otro lado, las referencias de Teresa de Jesús en su obra a esa norma ⁵⁵. En los escritores religiosos debe presidir ante todo, pues, un deseo de naturalidad.

Pero, ¿qué diferencia existe, entonces, entre este programa y el seguido por la literatura laica renacentista? Como se ha visto, ambos coinciden en una misma intención: frente a la complejidad conceptual y formal de ciertos escritores del XV, Garcilaso encarna la sencillez; frente a la artificiosidad literaria, Santa Teresa supone la simplicidad misma. Existe, sin embargo, una diferencia clara. El afán de naturalidad en Garcilaso está al servicio del arte, y es compatible con un exquisito refinamiento, de índole puramente literaria. Este, si existe, debe ser reprimido por los escritores espirituales; su exhibición constituiría vani-

⁵³ En *Escritores místicos españoles*, t. I, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, bajo la dirección de Marcelino Menéndez Pelayo. Madrid, 1911, pp. 319-587.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 464, a.

⁵⁵ Cfr. Menéndez Pidal, «La lengua de Santa Teresa», en *La lengua de Cristóbal Colón*. Madrid, Austral, 1942, pp. 145-174. Véase ahora el libro de Víctor García de la Concha, *El arte literario de Santa Teresa*. Barcelona, Ariel, 1978.

dad. En este cuidado, sobresalió, incluso con exceso de celo, Teresa de Jesús.

Refiriéndonos ahora concretamente al problema de la palatalización: *ll* en Garcilaso era un rasgo de estilo. Efectivamente, ese fenómeno partía de una base popular; pero esa no debió ser la causa primera que indujese al toledano a incorporarlo resueltamente a su poética. Por el contrario, pudo ser otro factor de carácter estilístico: el sonido *l* poseía cualidades eufónicas que le pudieron parecer más gratas. Pero era el grupo *rl* el que contaba con un uso más extendido; por eso los escritores religiosos, meridionales o castellanos, como el mismo Francisco de Osuna, Fr. Hernando de Talavera⁵⁶ (1428), Alonso de Madrid⁵⁷, Fr. Luis de Granada⁵⁸ (Granada, 1504-1588), Santa Teresa⁵⁹ (Ávila, 1515-1582), o San Juan⁶⁰ (Fontiveros, 1542-1591), escribieron simple *rl*; porque, presumiblemente, sintieron la asimilación como un mero artificio literario. Fr. Luis de León, a quien antes hacíamos referencia, es testigo excepcional de la doble actitud que venimos considerando: como prosista espiritual mantiene constantemente el grupo; pero cuando escribe poesía lírica no vacila en emplear la palatalización, tanto en rima como en interior de verso, acogién dose así, según el modelo de Garcilaso, a un recurso que más que tal, se configura como una marca literaria extrema, casi como un poëtismo.

De que esto es así tenemos una confirmación indirecta observando la prosa, que, en principio, carece de intención literaria. En obras de carácter pragmático y doctrinal como son: *Cura de la piedra y dolor de la hijada y cólica renal* (1502) de Julián Gutiérrez de Toledo, *Sevillana medicina* (1545) de Juan de Aviñón, *Diálogos de Philosophía moral y natural* (1547) del doctor Pedro de Mercado, *Quilatador de la plata, oro y piedras preciosas* (1582) de Juan Arfe Villafañe, *Sumario y breve declaración de los diseños y estampas de la fábrica de San Lorenzo del Escorial* (1589) de Juan de Herrera, *Fábrica del universo* (1546) de Bernal Pérez de Vargas,

⁵⁶ En *Escritores místicos...*, pp. 3-105.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 588-649.

⁵⁸ *Introducción al Símbolo de la Fe* (Salamanca, 1584).

⁵⁹ *Obras completas de Santa Teresa de Jesús*. Transcripción, introducción y notas de Elfrén de la Madre de Dios OCD y Otger Steggink O. Carn. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2.ª edición, 1967. He visto «Libro de mi vida», «Camino de Perfección», y varias de sus poesías.

⁶⁰ *Obras de San Juan de la Cruz*. Edición y notas P. Silverio de Santa Teresa. Burgos, 1940. He visto «Subida al Monte Carmelo», «Noche oscura», «Cántico espiritual» y «Cantones entre el Alma y el Esposo». Juan de la Cruz usa el infinitivo palatalizado, pero en rima heterocategorial: (*Carillo / decillo*, p. 477, *deshacellos / ellos / tenellos*, p. 446).

natural de Madrid, y *Tratado breue de la cultivación y cura de las colmenas* (1586) de Luis Méndez de Torres. De todas ellas, sólo las dos últimas presentan alternancia de uso, aunque éste favorece el mantenimiento del grupo, que domina con la presencia aproximada del 80 por 100. Pero entrando en el siglo XVII, la no reducción palatal parece constante: Así, en los *Discursos predicables de diversos tratados de la Pasión de Christo* (1604) del Maestro Tapia de la Cámara, en la *Filosofía moral, derivada de la alta fuente del grande Aristóteles Stagarita*, traducida del toscano por Gómez de la Rocha y Figueroa en 1682; y, por supuesto, en las obras de quienes hicieron posible la introducción de la ciencia moderna en España: Isaac Cardoso, Juan de Caramuel y Lobkowitz (natural de Madrid), o José Zaragoza, de Alcalá de Chisvert (Castellón), entre otros ⁶¹. Ello quiere decir que, si bien en el siglo anterior la prosa literaria renacentista, con asimilaciones frecuentes, pudo influir en cierto grado en la científica, esto no sucedió ya en el XVII, en el que ese influjo quedaba ya muy lejano.

Pero esto no sólo ocurre en tales escritores, sino también en los literatos. Salvo en Lope de Vega, que alterna *rl* y *ll* ⁶², la mayoría abandona ese rasgo estilístico. Cuatro ejemplos ilustres: Góngora (Córdoba, 1561-1627), Quevedo (Madrid, 1580-1645), Calderón (Madrid, 1600-1681) y Baltasar Gracián (Belmonte, 1601-1645) escriben siempre en prosa el infinitivo no palatalizado, y sólo en rima heterocategorial aparece la *ll*. De la debilidad de este último empleo da cuenta el hecho de que en ellos es ya posible la alternancia, como rimas distintas en una misma estrofa, de *rl* y *ll*; así en Quevedo:

Si en Absalón fue muerte su *cabello*,
bien que gentil, también dejar *cortarle*
lo fue para Sansón; y en tí el *perdello*
viniera en los sucesos a *imitarle*,
pues murieran en él cuanto le vieron,
como con el jayán los que estuvieron. ⁶³

⁶¹ Cfr. J. M. López Piñero, *La introducción de la ciencia moderna en España*. Barcelona, ed. Ariel, 1967. He visto de Cardoso *Discurso sobre el monte Vesuvio* (1632), y *Utilidades del agua i de la nieve, del beuer frío y caliente* (1637), de Caramuel su *Declaración mística de las armas de España invictamente belicasas* (1636), y de Zaragoza, *Fábrica y usos de varios instrumentos mathemáticos* (1675). En todos ellos se mantiene el grupo.

⁶² Pero predominan las formas no palatalizadas. En sus sonetos (los recogidos en sus *Obras poéticas*, I, edición de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1969), frente a once casos con *rl* en interior de verso (sonetos n.º 17, 29, 32, 33, 38, 67, 87, 89, 109, 124, 163), sólo hay dos de *ll* (n.º 12 y 140).

⁶³ *Francisco de Quevedo: Obra poética*, t. I, edición de José Manuel Blecua. Madrid, Castalia, 1969, p. 543.

El abandono total de esta posibilidad que, en la prosa doctrinal del XVII fue prácticamente constante, como he dicho, se extendió en el XVII a la lengua literaria general, donde se sintió como arcaísmo. De ahí su empleo por escritores maguerristas, ultracasticistas y paródicos, con intenciones que se prolongan hasta hoy.

FINAL

La palatalización *rl* > *ll* fue, sin duda, un fenómeno que se dio en la lengua hablada castellana, en conflicto con el mantenimiento del grupo. No poseemos datos precisos ni sobre su extensión —su implantación en tierras toledanas parece, no obstante, segura—, ni sobre su valor sociolingüístico. Hay indicios de que *ll* no fue del todo extraño al castellano del norte. Tal fenómeno parece ser el episodio español de un conflicto entre soluciones vacilantes que conocieron otros territorios de la Romania, especialmente Italia.

La lengua literaria se adueñó bien pronto de ella: por un lado ampliaba las posibilidades de la rima; por otro, confería a verso y prosa cualidades que algunos (Cfr. Gonzalo Correas) estimaban de gran valor eufónico. Desde ese instante, el empleo de *ll* ya no parece condicionado por el origen geográfico de los escritores, sino por su decisión o no de adoptarlo como convención poética. Durante el siglo XV, parece que hubo una cierta preferencia por la palatalización entre autores con inclinación por lo popular. Pero en el siglo XVI, por ejemplo, en Garcilaso, creció el uso de *ll* enormemente. La razón es difícil de encontrar: sin descartar una probable seducción que en él pudieron operar las soluciones italianas con doble *l* o *ll*, fue el deseo de naturalidad impuesto por la poética del renacimiento el que le movió a esa opción constante. Sin embargo, el carácter literario de la solución, sobre todo para escritores de zonas donde la reducción palatal no se había producido, debió ser flagrante a juzgar por el hecho de que los escritores espirituales, interesados igualmente por la naturalidad optaron de modo regular por *rl*.

De modo especial confirma el carácter de marca literaria que tuvo *ll* su escasa presencia en la prosa doctrinal; eso sin olvidar el testimonio directísimo de Torquemada que le moteja de artificio. Reducido a eso, y habiendo triunfado definitivamente la solución *rl* en el estándar castellano, resiste esporádicamente, sin embargo, en la lengua de los literatos hasta finales del siglo XVII. A partir del XVIII será ya testimonio de ideales arcaicos u objeto de humor.

FERNANDO A. LÁZARO MORA
Universidad Complutense de Madrid